

cientes acémilas se transporta también la riqueza intelectual, la ciencia, el arte, la poesía: ved esas blancas construcciones que de trecho en trecho asoman sus dilatadas terrazas por entre los grupos de palmeras tan gratos á la sedienta caravana; esas son las hospederías de los poetas y de los sabios, los depósitos de las letras, los paradores de la inteligencia, expresamente erigidos en obsequio de los sabios peregrinantes por los magnates que como Saïféd'dullah se disputan el honor de albergarlos y de recoger sus historias, sus dogmas, sus improvisaciones.

¿Por qué los Califas de Occidente no marchan con la misma rapidez que los afortunados Abassidas hacia el fin glorioso que éstos ya tocan con sus manos, de construir el mundo islamita sobre la poderosa base de la unidad de lenguaje y de creencias, convertido el Korán á pesar de sus errores en piedra angular del edificio social, intelectual y político? ¡Ah! porque los hijos de Beni Abbas gobiernan pueblos sosegados que pasaron ya del período de las conquistas, pueblos además criados en las tradiciones asiáticas, en quienes es índole peculiar el amor á la vida regada, ociosa y contemplativa; y los Umeyas, por el contrario, rigen un pueblo conmovido y agitado aún por la fiebre de las invasiones, que aunque ansioso también de ciencias y de placeres, se ve contrastado por las rebeldes razas del Norte, tenaces en sus ideas de independendia y aleccionadas en una religión que hace de las fatigas y privaciones el ejercicio normal de la vida. Lo que en el Oriente es ingénito y espontáneo, es en el Occidente artificial é ingerto. Lo que allí es una improvisación, tiene que ser aquí una formación trabajosa, lenta y paulatina. Día vendrá en que el Califato andaluz oscurezca con su brillantez las glorias de los Califas negros (1), y en que asombrados y llenos de maravilla los altivos reyes godos y francos, y hasta los mis-

(1) Los Abassidas adoptaron el negro como su color privativo para el traje de guerra y de corte, y aun para sus pendones y banderas, y de aquí viene el distinguirlos con el apelativo de *Califas negros*. Sus rivales los Umeyas, por el contrario, usaban como color de ceremonia el blanco.

mos pontífices del Cristianismo (1), claven fascinados sus miradas en la sabia y magnífica Córdoba. Como águilas que beben la luz del sol, mirarán inciertos ya á los horizontes de la feliz Mesopotamia; ya á las cumbres de la rica Andalucía, sin saber cuál sea el verdadero astro del Oriente. Pero esto no será hasta que la perseverante lima de la cultura atenúe las punzantes antipatías de las razas, y la seductora vida asiática contamine y enerve los corazones de los discípulos de Cristo.

Por ahora la misma capital del Califato es tierra de rebato: los Umeyas no viven seguros ni en su propia corte. ¿Cómo ha de pensar Al-hakem en las glorias de las artes cuando la consolidación de su Estado es una obra comenzada apenas? Harta ocupación le darán los Francos que avanzan hasta Tarazona, los rebeldes de Toledo y Calatrava, los Cristianos de Galicia, y hasta los sediciosos de su misma sangre, que introduciendo la división en los súbditos musulmanes, abren las puertas á los enemigos exteriores. Energía en la guerra, economía en la administración, imparcialidad en la justicia, sagacidad y cautela en el modo de vivir, son las dotes que distinguen á este Sultán. Veréisle aumentar su hueste de renegados hasta reunir mil mamelucos de infantería y cinco mil de á caballo, y la guarda de su persona hasta dos mil eunucos; oirá y juzgará por sí mismo las causas de los pobres, perseguirá severamente á los malhechores, será liberal con los necesitados, estrenuo y sabio en sus determinaciones. Tendrá constantemente á las puertas de su alcázar un numeroso cuerpo de caballería, y en ambas orillas del río, junto al alcázar mismo, una guardia permanente de mil renegados. No invertirá sumas de consideración en la mezquita mayor, pero construirá para sus tropas cómodos cuarteles y espaciosos establos. Mantendrá numerosos espías que le enteren del estado de la opinión pública: estallará mañana una insurrección en el suburbio occi-

(1) Es sabido que el papa Silvestre II, antes de entrar en la regla de San Benito, perfeccionó sus estudios en las escuelas de la España árabe.

dental, y al día siguiente, al rayar el alba, aparecerán colgados en las alamedas del Guadalquivir trescientos cadáveres desfigurados!... (1) Al-haken enriquece la aljama de Córdoba con una joya de mucho mayor prez que el oro y el mosaico: confiere el cargo de su Justicia mayor ó Cadí de los Cadíes al sabio y virtuoso Mohammad Ibn Bashír, y con este solo acto ha hecho lo suficiente para que su nombre resuene siempre venerado en las aulas del templo.

Ibn Bashír, teólogo profundo, despreciador filósofo de las mundanas pompas, justo y recto juzgador de las humanas intenciones, ¡cuánto vale el prestigio de tu ciencia y de tus virtudes para la tranquilidad de ese mismo pueblo orgulloso que te moteja escandalizado porque, el primer Viernes después de tu nombramiento, entras en la aljama con el cabello suelto y tendido, un amarillento *ridá* (2) sobre tus hombros, y abarcas en los pies! Un día, después de orar y predicar al pueblo, siéntase Ibn Bashír en el tribunal anejo al templo, y llégase á él un forastero, que al verle tan singularmente vestido, despeinado y con la cara mal enjugada (3): enséñame, le dice, dónde está el Cadí. Hele aquí, le responde señalando á Bashír uno de los que se hallan allí presentes.—No te diviertas conmigo, replica el forastero; te pregun-

(1) «Y habiendo ejecutado lo mismo (esto es, habiéndose rebelado) el suburbio ó ciudad baja de Córdoba, entró por la puerta nueva Abdelcarín, su general, y prendió más de trescientos Arabes amotinados, que luego mandó colgar á la orilla del río junto á la puerta del Puente.» Así Bravo, *Obisp. de Córdoba*. Al-Makkari (cap. III, lib. VI), bajo el epígrafe *Sedición en Córdoba*, dice que el arrabal ó suburbio amotinado fué el de Poniente; y el Sr. Gayangos en una de las notas que ilustran este pasaje, dice que, según otros autores, ocurrió el levantamiento en el suburbio de Shakandah ó Secunda, que cafa al Sur de la capital.

(2) El *ridá* era una especie de manto ó capa que llevaban los dervises y faquires, fanáticos mendicantes que andando el tiempo abundaron mucho en todos los países musulmanes.

(3) Con la cara tiznada de *kohol* y *siwak*, dice Al-Makkari; palabras que el traductor y comentador interpreta *polvos dentífricos*, añadiendo en una nota que el *siwak* puede significar así un específico cualquiera para limpiar la dentadura, como el palo que usaban los Arabes al efecto en vez de cepillo. Damos razón de estos y otros pormenores porque son rasgos gráficos que hacen más interesante la historia antigua del pueblo musulmán, cuyas costumbres y usos domésticos son poco conocidos.

to por el Cadí, y me diriges á un soplaflautas.—Convencido, sin embargo, de que no le han engañado, encamínase al Cadí, ruégale le disimule su desatención, expónele luego el caso que le trae al tribunal, y obtiene el consejo más justo é imparcial que podía jamás haberse prometido. Creeréis tal vez que ese filósofo original es, como muchos cortesanos, en la apariencia desinteresados é independientes, y en realidad tan flexibles al poder como solícitos en su propio negocio: todo al contrario, arrostrará por la verdad y la justicia la cólera de su rey. Cuando uno de sus leales amigos, receloso de los peligros á que le expone su excesiva rectitud, le escriba: «Si sigues como hasta aquí, mucho me temo que te cueste tu destino,» le contestará impávido: «¡Dios haga que cuanto antes me vea con mi mulita Ashshakrá en el camino de Beja!»; y si ocurre alguna vez que un ciudadano cualquiera tenga que sostener un pleito contra el Amir, como le sucedió á un oscuro molinero, á quien quisieron arrebatár su propiedad para incorporarla al palacio los oficiosos cortesanos, ciertamente no se retirará del tribunal del Cadí desconsolado si la razón está de su parte. ¿Por ventura no se lisonjeaba ayer uno de los hijos de Abde-rahmán I de que ganaría cierto ruidoso pleito por tener en favor de su acción el testimonio de su sobrino Al-hakem cuando príncipe heredero, y el íntegro Bashír sentencia contra él por no haber comparecido en su tribunal el Amir en persona á ratificarse en el testimonio dado antes de subir al trono? Pues notad otro insigne ejemplo de la justificación de este notable funcionario, y meditaad si avanzará camino en cualquiera país del mundo una monarquía que se ostenta sostenida en principios tan seguros como la igualdad ante la ley y el amor á la justicia. Un oficial palatino de Al-hakem, jefe de sus caballerizas, llamado Musa Ibn Semáh, acude en una ocasión al Sultán en queja del Cadí, exponiendo que éste se ha excedido de su autoridad y sentenciado contra él injustamente.—Prontó verá yo, dícele Al-hakem, si lo que me refieres es cierto. Vé inmediatamente al Cadí, y dí que quieres hablarle: si te lo concede, te

creeré, y él será castigado y destituido de su cargo; pero si te lo niega á pesar de tus instancias, mi estimación hacia él será mayor, porque tengo por seguro que no es un tirano, sino un hombre probo y amante de la verdad.—Va Musa según se le ordena á casa de Ibn Bashír, y manda al propio tiempo Al-hakem á uno de los esclavos de su guardia que sin ser visto espíe á Musa, y le dé cuenta de lo que ocurra entre su caballerizo y el Cadí. De allí á poco vuelve el esclavo y refiere al Amir, cómo al llegar Musa á la habitación del Cadí le había recibido un portero, el cual, después de avisar á su amo, salió con este recado: « me manda el Cadí que te diga, que si algún asunto legal se te ocurre, mejor harás en dirigirte al tribunal en las horas en que administra justicia. » Al oír esto Al-hakem, se sonríe y exclama: bien sabía yo que Ibn Bashír era un juez recto é imparcial. Un rey que tiene magistrados como Ibn Bashír no importa que no tenga en el Guadalquivir, como el hijo de Harún en el Tigris, cinco naves cubiertas de plata y oro, una en forma de dragón, otra en forma de caballo, otra en forma de león, otra en forma de águila y otra en forma de elefante.

Puede decirse que si Abde-rrahmán II logra el descanso y gusto suficientes para consagrarse al mayor engrandecimiento de la mezquita y cubrir de oro sus labradas pilastras y capiteles, lo debe exclusivamente á la prudencia y sabiduría de su padre Al-hakem. Imitando sus cualidades bélicas, hace temido su nombre entre los enemigos del Islam, y siguiendo su acertada administración prepara para los postreros años de su vida un reinado de paz y de esplendor. De paz y de esplendor, sí, porque los ayes de agonía de los humildes mártires cristianos no turbarán su sosiego, ni su inocente sangre copiosamente derramada mancillará á los ojos de la divertida corte mahometana los timbres y blasones del monarca. ¿No le proporciona éste paz y riquezas para disfrutar las comodidades y placeres de la vida?

Para Abde-rrahmán II tenía reservada el cielo la triste gloria de inaugurar en la España árabe la tiranía en nombre de la

fe religiosa, y de establecer por medio de la fuerza la unidad islamita en sus dominios, lanzando en un día de enojo á los cuatro ángulos de la escarnecida Iberia, en plena paz, aquella terrible intimación que los sanguinarios Abu-Obei-dah y Khaled' habían dirigido á los malhadados habitantes de Bosra: «¡Haced Musulmanes, ó tended la cerviz bajo la cimitarra!» Es muy de notar, en efecto, que empiecen la persecución de la intolerancia bajo el imperio de la justicia, los excesos de la inhumanidad con la afinación de las costumbres, y que vayan desarrollándose paralelamente la prosperidad del Estado y el envilecimiento del individuo. ¡Ah! ¿por qué la crueldad y la sensualidad han de reemplazar tan fácilmente con hipócrita disfraz á los dos ángeles tutelares de los tronos, la Justicia y el Amor? ¿Por qué esos dos maléficos instintos han de ser los compañeros inseparables de la mundana felicidad y como las cariátides del lecho en que duerme la civilización prevaricadora y descuidada? ¿Qué ley fatal determina esa chocante contradicción que hace al hombre rústico é incivil capaz de altos y nobles afectos, y al hombre demasiado culto, insensible y desnaturalizado? La cultura que halaga y afemina es la misma que endurece el corazón, del propio modo que el martillo que bate y limpia de escorias el hierro es él que lo convierte en duro y liso acero.

Todos los grandes tiranos han tenido sus panegiristas, unos por el temor que inspiran, otros por la seducción que ejercen. Abde-r-rahmán II es un tirano fastuoso, galante, lleno de dotes y de ingenio para rendir voluntades. ¿Cómo no perdonarle las crueldades que contra los infieles cristianos comete, si posee el arte de representarlas como actos de extracta justicia? Además, á un rey valiente y enamorado, que en el campo de batalla triunfa como un héroe y en las florestas suspira como un amartelado doncel; á un rey que lisonjea el gusto de su pueblo amante del lujo, de la ostentación y de la galantería afectada, dándole escuelas y madrisas que le instruyan, jardines y casas de placer que le recreen, embajadores como Al-ghazal que le acrediten de grande

y culto á los ojos de la corte de Constantinopla (1), maestros de música y de modas que le entretengan como Zaryáb (2), capitanes que le defiendan como Obeydullah (3), aliados como el emperador griego y el rey franco. (4), y una consideración superior

(1) Habiendo el emperador griego Teófilo solicitado alianza con Abde-rahmán II y enviándole ricos presentes para granjearsele, con objeto de reunirse ambos contra los ejércitos amenazantes de los Abassidas, el sultán andaluz concibió cierto deseo de reconquistar en el Oriente el imperio de los proscritos Umeyas; sus antecesores, y entabláronse desde luego relaciones de amistad entre los dos soberanos. Abde-rahmán correspondió á los presentes del griego con un magnífico regalo, encomendado á uno de los caballeros más cumplidos de su corte para que se le entregase en persona. Fué el elegido para este encargo un tal Yahia Al-ghazal, muy celebrado por su sabiduría y talento poético, con quien gustaba después el rey, dice Conde, conversar informándose de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que había visto, pues también había viajado por tierra de Afranc. Al-ghazal fué muy afortunado en su legación de Constantinopla, porque no sólo concluyó la alianza requerida, sino que consiguió además (refiere Al-Makkari) que el nombre de Abde-rahmán fuese allí más respetado que el del Califa Abassida. Este último historiador cuenta varias anécdotas curiosas de la galantería de Al-ghazal en las cortes que recorrió. Llamábanle *la gacelá* (*Al-ghazal*) por su hermosura, pertenecía á la tribu de Bekr Ibn Wáyil, era natural de Jaén, sobresalía en las ciencias naturales y en la poesía, y el escritor Ibnu Hayyán le llamaba el *sabio* (*A'lim*) de Andalucía.

(2) Más adelante se hablará de este singular personaje, insigne músico de la Iraca, á quien tuvo el rey hospedado en su propio alcázar, colmándole de agasajos y liberalidades.

(3) Obeydullah Ibnu-l-balensí (es decir, Obeydullah, *hijo del valenciano*), nieto de Abde-rahmán I, se distinguió principalmente contra los Cristianos de Álava y las Castillas. «En el año 224 (A. D. 838), dice An-nuwayri, Abde-rahmán envió un ejército contra el enemigo bajo el mando de Obeydullah, hijo de Abdullah el valenciano; llegó este ejército á Álava y á la tierra de los castillos, y tuvo con los infieles un encuentro en que, después de un ruído pelear y de una gran matanza, quedaron derrotados los Cristianos. Fueron tantos sus muertos, que cuando estaban ya apiladas sus cabezas en el campo de batalla, no podía un jinete ver á su compañero.»

Nuestros historiadores no hacen mención de esta derrota; al contrario, pintan bajo el reinado de D. Alfonso el Casto muy duramente escarmentados á los capitanes de Abde-rahmán II en los acontecimientos de Galicia. Sólo Dios sabe la verdad, repetiremos á usanza de los Árabes.

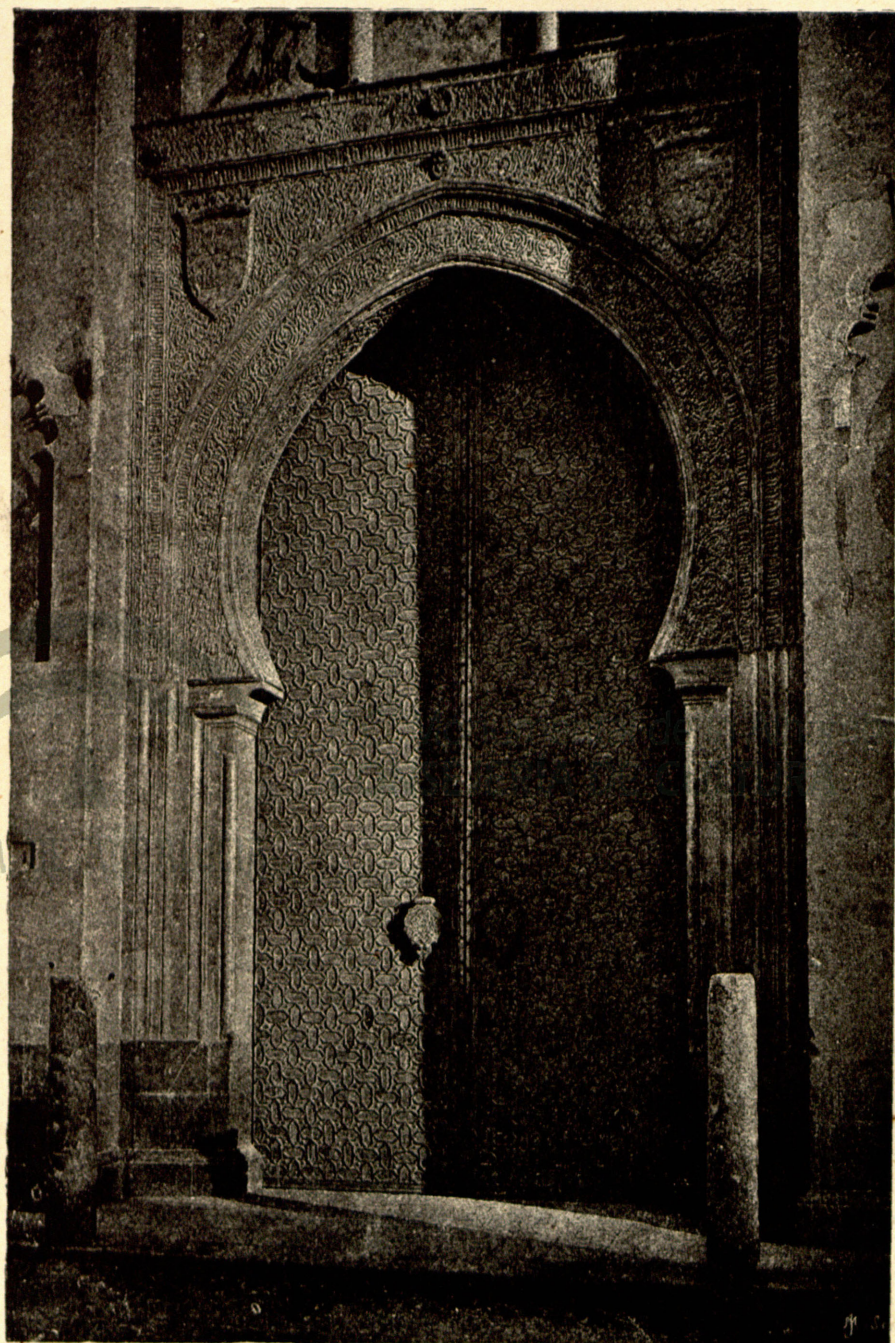
(4) Las paces ajustadas entre Abde-rahmán II y Carlos el Calvo constan por los Anales Bertinianos, donde, bajo el año 847, se refiere con este motivo la petición que los afligidos cristianos de España dirigieron al rey franco á fin de que reclamara de Abde-rahmán que le entregase cierto diácono alemán, apóstata, que andaba concitando en Córdoba contra ellos los ánimos del rey y de los principales sarracenos: «*Legati Abdirhaman Ré gis Sarracenorum á Corduba Hispaniæ ad Carolum pacis patendæ fæderisque firmandi gratia veniunt... Bodo, qui ante annos aliquot Christianâ veritate derelicta ad Judæorum perfidiam concesserat, in tantum mali profecit, ut in omnes Christianos Hispaniæ degentes, tam Regis quam*

á la que logran los Beni Abbás; á un rey, por último, que emplea un reinado de treinta años en labrar la prosperidad de sus vasallos haciéndolos cultos, vencedores, ricos, y á su manera felices, no es mucho que éstos le celebren y le ensalcen aunque los míseros cautivos giman y lloren. Compréndese que su pueblo, fautor de sus placeres, le perdone, y no sólo le perdone, sino que aplauda su severidad con los Cristianos, á quienes esa misma prosperidad agobia y aniquila. Lo que no se concibe si no se tiene muy en cuenta la natural perfidia del hombre, es que el Califa encontrase en vida panegiristas entre los mismos alumnos de Cristo, y los mártires hallasen verdugos entre los que con ellos debían compartir las cadenas y el oprobio (1).

Almas afectuosas que amáis la memoria de esas otras almas sublimes, y fuertes á la par que delicadas, que en vida fueron

gentis Sarracenorum animos concitare statuerit... Super quo omnium illius Regni Christianorum petito ad Carolum Regem... missa est, ut memoratus Apostata reposeretur, ne diutius, etc.»

(1) El metropolitano de Sevilla, Recafredo, cediendo á las intimaciones de Abde-r-rahmán, prohibió á los cristianos presentarse voluntariamente ante los Cadés para confesar á Cristo, y persuadido de un exceptor de tributos que después apostató de la religión cristiana, mandó que no se tuviesen por mártires, sino por malhechores temerarios, los que espontáneamente se ofreciesen á los referidos jueces. También decretó que se tuviesen por excomulgados los que sin ser violentados á comparecer fuesen condenados á muerte, y como á tales se quemar el cuerpo de algunos que permanecían todavía pendientes en el lugar del suplicio. Este decreto suscitó de parte del obispo Saulo, S. Eulogio y otros muchos sacerdotes, enérgicas impugnaciones que avivaron la fe de los cristianos. Menudearon desde entonces las confesiones, y arreció la cólera de los perseguidores. Determinó el rey árabe, oído su consejo, que tuviese cualquiera musulmán facultad para quitar la vida al que hablase mal de su profeta y secta. Con esta resolución «los buenos y celosos huyeron y se ocultaron, dice Gómez Bravo; los malos apostataron de la religión cristiana; otros publicaban que los mártires habían sido indiscretos y temerarios, aunque antes los habían venerado por felicísimos; otros, que desde el principio los habían anatematizado, los maldecían y llenaban de oprobios.» Oigamos más bien las sentidas quejas de Álvaro en su Indículo luminoso: *¿Nonne ipsi, qui videbantur columnæ, qui putabantur Ecclesiæ Petræ, qui credebantur electi, nullo cogente, nemine provocante, judicem adierunt, et in præsentia cinicorum, imo Epicurorum Dei Martyres infamarunt? ¿Nonne Pastores Christi, Doctores Ecclesiæ, Episcopi, Abbatès, Presbyteri, Proceres et Magnati hæreticos eos esse publice clamaverunt? ¿Et quos in Catholica fide natos, et matris Ecclesiæ uberibus nutritos noverunt, meretricio concubitu, et adulterorum cibo pastos esse firmarunt? ¿Et est ne aliquis de flagello qui adhuc conquirat digne, cum causam ipsius videt flagelli?*



PUERTA DEL PERDÓN

valerosos soldados de la fe, y alcanzaron muriendo la opinión de mártires santos entre la grey que con su fecunda sangre ilustraron (1), no-os imaginéis, al repasar las páginas en que la piedad y la devoción consignaron sus gloriosos triunfos, que todos los perseguidores del nombre de Cristo son como furiosos y bárbaros asesinos sedientos de sangre y de tormentos. Leéis que en el año 824, cuando puede decirse que Abde-r-rahmán II acababa de subir al trono, y en lo más florido de su juventud, puesto que sólo tenía 34 años de edad, dos interesantes mancebos cristianos, llamados Adulfo y Juan, fueron martirizados sólo por no querer abrazar la secta mahometana; y creéis quizá que el que esto autorizó tenía un corazón de tigre, inaccesible á todo humano afecto; os le figuráis tal vez como un bárbaro fanático exclusivamente preocupado de la propagación del Islamismo, encarnizado en el placer de los tormentos, y ciego de furor al solo anuncio de cualquier enemigo de su sanguinario error: ¡Cómo os engaños! Acercaos á ver á esa supuesta fiera en su caverna: no sólo no hallaréis en el semblante de Abde-r-rahmán el ceño torvo y la pupila congriente, sino que su persona, su gesto, sus ademanes, sus pálabras, su vivir y todo lo suyo, os cautivarán el corazón. Veréis á un sér nacido para cosas grandes y privado de alcanzar la verdadera grandeza, un corazón capaz de un amor casto y puro, esclavizado á un amor indigno, un entendimiento susceptible del más alto vuelo sojuzgado por el error y la impostura; y seguramente al dar el tributo de vuestras generosas lágrimas á los egregios mártires que bajo su imperio fueron in-

(1) Es de advertir que en la primitiva iglesia no se tenían en público por santos ni se hacía fiesta como á tales sino á solos los mártires, y que en la iglesia mozárabe de Córdoba perseveraba esta costumbre. «En padeciendo un mártir, dice Ambrosio de Morales, luego le celebraban la fiesta en todos los años, le decían sus horas y le daban su leyenda.» Proclamábanse, pues, los santos en la España árabe por voz pública en cuanto morían, sin esperar canonización de Roma. La canonización, o por lo menos su principio, parece sin embargo de origen más antiguo, puesto que según los martirologios, el Papa León III mandó tener por santos y rezar de ellos á algunos que allí se nombran, y este Papa ascendió al pontificado el año de J. C. 796.

molados, no negaréis un suspiro de compasión á ese príncipe que por los inescrutables designios de Dios alcanzó dotes de ángel y al desplegar sus alas las halló sujetas con una cadena.

Vedle, en efecto, á ese hombre inhumano, á ese implacable perseguidor que en los últimos años de su vida presumió anegar en sangre ortodoxa la valiente hueste evangélica; oídle mas bien, describiendo por su propio labio su existencia de guerrero enamorado y las penas de la ausencia (1):

Tus brazos dejé, alma mía	— y al campo acudí veloz
como flecha despedida	— por el arco zumbador.
Los horizontes que miro	— desnudos páramos son;
venzo un obstáculo, y hallo	— otro obstáculo mayor.
El veneno de la ausencia	— me devora el corazón;
las mismas piedras al verme	— se apiadan de mi dolor.
Del Islamismo el triunfo	— por mi brazo quiere Dios:
cubre valles y montañas	— mi ejército vencedor.

Así escribe desde el campo de batalla á su amada Tarub, y en estos sentidos, concisos y brillantes pensamientos, muestra bien claro el privilegiado temple de su alma. Como poeta y como enamorado, es ya conocido (2); como político y como guerrero,

(1) Siguiendo el ejemplo de Conde traducimos en romance octosílabo los versos de Abde-r-rahmán, cuyo original puede verse en la nota 32 del Sr. Gayangos al cap. IV, lib. VI de Al-Makkari.

(2) Copiando al historiador Ibrahim el Katib, refiere Conde que un día regaló el sultán á una esclava suya, muy linda y preciosa, un collar ó gargantilla de oro, perlas y pedrería, de valor de 10,000 dinares ó doblas de oro, y que contando después el rey á su poeta Abdala ben Xamrí que á sus wazirés, presentes á la dádiva, les había parecido excesiva, el poeta, por adular el gusto de su señor, había improvisado un concepto en verso encareciendo las gracias de la esclava querida, al cual contestó el rey con esta otra improvisación:

Es dón tuyo, Aben Xamrí	— la elegante poesía,
los oscuros pensamientos	— tu claridad ilumina
cual las sombras de la noche	— la luz del alba disipa:
su encanto por el oído	— en el corazón destila,
como la gracia y beldad	— de una criatura linda
nuestros ojos arrebatada	— nuestro corazón hechiza,

harto le dan á conocer sus conquistas y las paces ajustadas con Teófilo y Carlos el Calvo; como administrador, basta decir que utilizó sus victorias en proporcionar á su pueblo paz, ilustración, riquezas y goces (1). Dice Ibnu Said que antes de su reinado el producto de los impuestos, no había jamás excedido de seiscientos mil dinares, y durante él llegó á producir más de un millón. Gastó sumas inmensas en construir palacios y quintas de recreo, puentes y mezquitas en las principales poblaciones, y en ennoblecir su capital de nuevas maneras, enlosando sus calles y plazas, y llevando á ella desde la vecina sierra abundantes y cristalinas aguas por medio de un largo y fuertísimo acueducto que como gigantesca serpiente ondulaba por aquellas hermosas llanuras, atravesando repetidas veces las mismas entrañas de los montes (2). Á tal opulencia y gloria llegó la capital de Andalu-

más que la rosa y jazmín — más que las eras floridas.

Mi corazón y mis ojos — á ser míos todavía,

rendido los ensartara — en la hermosa gargantilla.

(1) Mandó Abde-r-rahmán construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y jaspes varios, y trajo á la ciudad las aguas dulces desde los montes con encañados de plomo, y la llenó de fuentes y edificó baños públicos de mucha comodidad, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Enlosó las calles de su corte, edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las rusafas ó jardines á orillas del Guadalquivir, dotó las madrisas ó escuelas de muchas poblaciones, y mantenía en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. (Condé, tomo I, cap. 40.)

A pesar de esto, no es creíble que fuese este sultán el que llevara á la mezquita mayor las aguas de la sierra para el atrio de las abluciones, porque al hablar Al-Makkari de las mejoras hechas en el grande edificio por Al-hakem II muchos años después, da á entender su traductor que hasta el tiempo en que este Califa construyó los cuatro nuevos pilares para el alguado y las purificaciones surtiéndolos con agua de la sierra, no había habido para estos usos más fuente en el patio mencionado que la de un gran depósito que se llenaba con agua de una noria vecina, probablemente movida por un camello.

(2) Este soberbio acueducto, que todavía subsiste (aunque inutilizado en algunos de sus ramales, pues tenía varios), y en cuya descripción tan prolijamente se ejerció la escudriñadora pluma de Ambrosio de Morales, teniendo presentes las memorias del arzobispo D. Rodrigo, y añadiendo de su propio caudal muy curiosas noticias, tenía su principio á dos leguas y media de la ciudad, arrancaba en la misma sierra é iba recogiendo otros golpes de agua en el camino. Venía ésta encauzada en conductos de fortísima argamasa, embovedados, de tres piés de anchura, y revestidos por dentro de un betún fino y duro como escayola dado de bermellón. Morales que lo reconoció dice que esta costra de betún conservaba el

cía. bajo este rey, que escribió de él S. Eulogio: « Córdoba, llamada antes la patricia, y hoy la ciudad real por tener en ella su asiento, le debe el hallarse en la cumbre de la grandeza, de los honores y de la gloria, colmada de riquezas, y convertida en emporio de las delicias del mundo entero hasta un punto inexplicable é increíble. » ¿ Creeréis ahora que el sultán Abde-rrahmán II es una intratable y sanguinaria fiera? El que tanto ama el lujo, la magnificencia, las artes, los placeres, bien podéis asegurarlo, no tiene corazón de bronce. ¡ Pobre sultán, más desgraciado en medio de su aparente felicidad que esos inocentes mártires cristianos entre el horror de sus tormentos! La conciencia de su deber le arranca de los brazos de su amada Tarub para volar al campo de batalla; esa misma conciencia le sugirió como actos agradables al Omnipotente dos leyes que fueron origen de su suplicio y de nuestra gloria, con las cuales no se imaginó seguramente que dirigía el pié al ensangrentado camino donde en sus postreros años se encenagó.

Pertencen estas dos leyes al orden político, aunque el carácter de la una más parece á primera vista religioso, y el de la otra de mera policía y buen gobierno; y cumple recordarlas aquí porque, aunque ominosas á nuestra fe cristiana, ellas contribuyeron grandemente á cimentar el poder islámico en España, á fomentar el espíritu de proselitismo sin el cual la nacionalidad

color del bermellón tan vivo como el día que allí se puso. Atravesaba el referido conducto (añade) grandes montañas, trabajosamente horadadas; y para que el enorme peso de estas no hundiese la obra, levantaron por todo aquel espacio muchas lumbreras á manera de torres muy juntas, que suben hasta lo alto y sustentan la montaña aliviando el peso con repartirlo en aquellos pequeños trechos. Atravesaba también el conducto los valles, los arroyos y los barrancos, sobre sólidos y hermosos puentes, que el mismo cronista vió antes de que se deshiciesen para los edificios del monasterio de S. Gerónimo de la Sierra. Últimamente al llegar á la ciudad, en vez de ir el acueducto derecho al alcázar y á la mezquita, daba un gran rodeo para entrar por lo más alto de la población, á fin de que el agua se distribuyera fácilmente por todos sus barrios, es decir, que cruzaba por la dehesa de Cantarranas (al norte de la actual plaza de toros), y tocaba en la puerta del Osario, desde donde iba el agua á todas partes por gruesos atadores ó caños de plomo. A la mezquita, sin embargo, no llegó probablemente el agua hasta el reinado de Al-hakem II.

mahometana no puede existir, á hacer la monarquía musulmana una y compacta, y prepararon finalmente las vías al tremendo aluvión de conquistas con que cubrió después los aniquilados restos de la España cristiana el impetuoso Almanzor. « Todo hijo de padre ó madre mahometano, será mahometano también, so pena de muerte, » decía la una (1); la otra venía á ser una mera confirmación de un artículo del fuero otorgado por Alboacem: « El que dijere mal de Mahoma ó de su Ley, sea muerto (2). » Con esta draconiana sencillez consignaba Abde-rahmán el victorioso (3) su celo por el completo triunfo del Islamismo y su obsequio á la alta *razón de Estado*. Con este tristísimo preludio, sin más de lo que estrictamente exigían de consuno la conservación del orden social y las necesidades de la política musulmana, sin lujo alguno de tormentos accesorios (4), y como

(1) Véase á Ambrosio de Morales, lib. XIII, cap. XLIV, refiriendo la ocasión del martirio de las dos santas vírgenes Nunila y Alodia, y al P. Roa en su *Flos Sanctorum* de Córdoba, copiando de S. Eulogio la breve memoria de los protomártires Adolfo y Juan.

(2) « Si algún cristiano entrare en la mezquita, ó dijere mal de Dios ó de Mahoma, tórnese moro, ó sea muerto, » decía el fuero de Coimbra. Una nueva ley de Abde-rahmán II prescribía que al cristiano que entrase en una mezquita se le cortasen los pies y las manos, y por otra se mandaba que el que injuriase á algún mahometano fuese azotado, y el que le hiriese fuese muerto. *Ecce enim lex publica pendet, et legalis iussa per omne regnum eorum discurrit, ut qui blasphemaverit flagelletur, et qui percuserit occidatur.* (Álvaro. Indículo luminoso; núm. 6, página 228 de la edición de Flórez.)

(3) Llamábanle en efecto sus súbditos *el victorioso* (*Abú-l-motref*) y también *padre de los vencedores* (*Abú-l-modhaffer*).

(4) Los árabes en efecto no daban tormento corporal á los cristianos infractores de las citadas leyes: cuando cualquier cristiano, movido de su celo y fervorosa fe, hablaba en público contra Mahoma ó su secta, era acusado y preso, y si perseveraba en su propósito lo degollaban, sin azotarle ni darle otra pena, porque la legislación musulmana prohibía que el que había de sufrir pena de muerte se le diese ningún otro castigo. Nadie obligaba, pues, á los cristianos á apostatar: podían permanecer en su religión sin ser molestados siempre que ellos no se propasasen á desobedecer las citadas leyes penales, y es claro que la generalidad de los mozárabes, que no se sentían animados de un extraordinario valor, cumplían con sus deberes religiosos y se justificaban á los ojos de Dios obedeciendo sumisos aquellas prohibiciones. ¿ Mas habráse de deducir por esto que no era loable y muy de envidiar el santo celo de los mártires, que burlándose de las humanas leyes y de sus opresores, se presentaban espontáneamente á declarar su fe y á vituperar los errores del mahometismo? De ninguna manera: ¿quién podrá disputarle á Dios, que inflamaba sus corazones y movía sus lenguas, el derecho de

una cosa muy natural dentro del círculo del derecho penal más escrupuloso, comenzó la sangrienta persecución sarracénica como una verdadera lucha íntestina entre el Estado que pugna por consolidarse y la conciencia que forcejea por la conservación de su libertad, y en la cual, si bien los instrumentos del poder se encruelecieron al compás de la exaltación en la santa protesta, el principio que guió al Estado al castigar inflexible el delito de subversión no dejó de ser por eso legítimo en la esfera de las ideas islamitas. Acabó para siempre la antigua tolerancia: si cristianos y musulimes procedieron en alguna época de concierto, cuando todavía no se hallaban bien penetrados del antagonismo de sus orígenes (1), ahora ya ambas religiones han avanzado

suscitar esos testigos heroicos de la verdad en los tiempos lastimosos en que reina y prevalece el error? Téngase por seguro que cuando la causa es de justicia y en favor de la verdad, la obra es de Dios, pázca lo que quiera. De buena gana entraríamos en algunas explanaciones sobre este punto, porque son muchos los que todavía consideran á los gloriosos mártires de la persecución sarracénica como víctimas más de su deplorable fanatismo que de la saña de los musulmanes; pero habiendo sido este error victoriosamente confutado por el P. Flórez (trat. 33, capítulo 10, párrafo II de la *España Sagrada*), el cual discute ampliamente todos los argumentos alegados contra los referidos mártires desde su mismo tiempo por los mahometanos y por los cristianos tibios ó apóstatas, parece inútil y hasta presuntuoso acometer con poca erudición sagrada una cuestión de tamaña importancia en una simple nota, escena indigna de personajes tales como S. Cipriano y S. Isidoro que en ella figuran.

(1) Hija de un cristianismo adulterado, la iglesia nestoriana de Oriente, arraigada desde el vi siglo en las más florecientes regiones del Asia, en la India, en la Arabia feliz, en Socotra y en la Bactriana, entre los Hunos, los Persarmenios, los Medos y los Elamitas, con sus obispos, sus pseudo-mártires y sus sacerdotes, ejerció una acción tan poderosa en las tendencias del mahometismo naciente por medio de sus misioneros, que se asegura que Mahoma debió al trato y escuela del monje nestoriano Sergio casi toda la instrucción bíblica de que se auxilió para tejer las rapsodias de su Korán. Así los cristianos caldeos y los sarracenos procedieron desde los años primeros de la Egira como aliados y amigos. El falso profeta celebró con aquella secta un famoso tratado, que bajo el título de *Testamentum Mahometi* dió á luz en árabe y latín en París Gabriel Sionita el año de 1630, y cuya sustancia se contiene también en tres escritores sirios: Bar Hebraeus, Maris y Amrus, que incluye Assemani en el tomo IV, pág. 59 de su *Biblioteca oriental*. Por este tratado de paz concedía Mahoma á la comunidad nestoriana muy importantes exenciones y privilegios. Últimamente, compruébase la gran tolerancia de los Árabes para con los cristianos de la Iglesia Caldea por la carta del patriarca Jesujabus á Simón, metropolitano de una ciudad persa, que contiene esta notable manifestación: «Hasta los Árabes, á quienes el Omnipotente ha concedido en estos días la dominación de la tierra, son de los nuestros, como no ignoras. No son

mucho camino y se han separado para no volverse más á encontrar. Ni el mahometismo de Bagdad y de Córdoba es el mahometismo del Yemen, ni el cristianismo de los Paulos, Eulogios y Perfectos, es aquel cristianismo desfigurado de los Nestorianos de Oriente (1). Dos principios que aún no han producido resultados pueden parecer idénticos, así como en su origen nadie diferenciará el manantial destinado á ser majestuoso río, del manantial que corre á perderse en inmundos lodazales; pero cuando esos dos principios han arrojado ya de sí todas sus consecuencias, cuando cada uno de ellos ha apurado, por decirlo así, el sueño de la crisálida para extender libremente sus alas á la luz, no es posible que se amalgamen y confundan.

El mahometismo desarrollado ha ofrecido al mundo como legítimo producto la más refinada voluptuosidad; el cristianismo, vuelto á sus genuínas aspiraciones después de la breve excursión que sus malos intérpretes han hecho por el dominio gentílico, proclama por la voz de los penitentes y contritos que la perfección de la vida sólo se encuentra en la ley del sacrificio, de la caridad y de la propia abnegación. ¡Guerra implacable, pues, á los que condenan la cómoda religión del Profeta! ¡Qué mayor honor, qué mayor obsequio puede tributarse á la Ley

perseguidores de la religión de Cristo; por el contrario, recomiendan nuestra fe, y honran á los santos y ministros del Señor haciendo beneficios á sus iglesias y monasterios. (Véase Assemani, obr. cit., t. 3, pág. 131.)

(1) La iglesia caldea ó nestoriana profesa dogmas que tienen muchos puntos de contacto con los de la iglesia protestante. Como ella despoja á la Santísima Madre de Dios de sus más gloriosos títulos y atributos; como ella niega la doctrina del Purgatorio y rechaza el culto de las imágenes; como ella contradice la doctrina de la Transubstanciación y de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento; como ella hace compatible el matrimonio con los grados mayores y menores de la gerarquía eclesiástica. El fundamento de la doctrina nestoriana es en suma el mismo que el de la iglesia reformada: la divisibilidad y separación de dos personas y dos naturalezas en Cristo, ó lo que es lo mismo, la distinción de dos personas en Cristo, el Verbo de Dios y el hombre Jesús; distinción que los católicos reconocemos como errónea por la unión del Verbo con la naturaleza humana, que los teólogos llaman *hipostática*. (Véase á Assemani, t. IV.)

CÓRDOBA



Interior de la Mezquita

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

escrita en las portadas y columnatas de la gran mezquita, que inmolar á su ciego acatamiento á todo el que la desobedezca, ridiculice ó contradiga? ¡Compareced á nuestra vista, sombras augustas y queridas de tantos mártires incontaminados: desfilad, santos y puros sacerdotes, nobles mancebos, vírgenes bellas y pudorosas que componéis la sagrada hueste de víctimas á quienes hoy la Iglesia de España tributa agradecido culto; deslizaos como leve legión de espíritus por entre esas crepusculares naves que fueron un tiempo teatro de vuestra generosa y heroica confesión, y podamos al menos con el dolor y la compasión de ver correr vuestra immaculada sangre bajo el hierro de los verdugos, fortalecernos contra la seducción que hizo sucumbir á los que fueron indignos hermanos vuestros en la fastuosa corte de ese sultán! ¡Ah! mientras vosotros recibís en el tribunal del Cadí la terrible sentencia; mientras entregáis á los sayones ya vuestros piés y manos para que os sean cortados, ya vuestras cervices para morir de un solo golpe, ya vuestras espaldas para que con crueles azotes os las destrocen; mientras gemís en tenebrosas cárceles y derramáis lágrimas más sobre la apostasía de vuestros hermanos que sobre vuestros propios hierros, la gran corte de los Umeyas se entrega placentera al flujo de las mundanas prosperidades, y viento en popa navega la nave del Estado cordobés hacia el ansiado puerto de la paz, de la bienandanza y de los placeres. Vosotros sucumbís como flores modestas é ignoradas que caen bajo la hoz del segador; pero el próspero sultán que causa vuestro martirio no percibe siquiera el eco de vuestras desinteresadas exclamaciones. Allá en la orilla del río, al pié de su mismo altivo alcázar, y junto á sus deleitosos baños, donde tan sabrosas transcurren para él las soñolientas horas del estío, es donde se ejecutan como comunes y saludables escarmientos de una recta justicia esos sangrientos castigos; vuestros opresores en tanto se solazan en las frescas alamedas, en las huertas y jardines que abre á su querido pueblo la magnificencia del Amir, á costa tal vez del despojo y de la desespe-

ración de vuestras familias (1) agobiadas por los tributos; alguno de vosotros alcanzará quizás el triste privilegio de verse inmolar sirviendo de espectáculo á las despiadadas turbas (2), mas no lograréis todos que vuestra constancia y resignación sirva de fecunda enseñanza á los poderosos extraviados. ¿Por ventura no tiene más en qué pensar el prepotente sultán que en recibir caritativas amonestaciones de las pobres víctimas que mueren perdonando? Sabed que á sus ojos no sois sino despreciables reos de sedición, y que no hay en vuestro martirio lances extraordinarios que merezcan interrumpir las ocupaciones ni los ocios de los magnates. ¿Es acaso más interesante vuestro suplicio que una batida en la sierra, ó una partida de ajedrez en palacio, ó que la recepción de una embajada importante y lujosa como la de los legados de Teófilo, ó que la discusión de un caso de conciencia (3) en plena reunión palatina, ó que la consulta sobre

(1) Sábese por S. Eulogio y Alvaro Cordobés que en los tiempos de persecución se añadían á los tributos ordinarios que pagaban los cristianos otros extraordinarios, sin duda como castigo y medio de intimidación. Tenemos un ejemplo de la apurada situación á que muchos se veían reducidos en estas extraordinarias circunstancias, en el viaje que los hermanos de S. Eulogio, Isidoro y Alvaro, tuvieron que emprender á Alemania con mercaderías de Córdoba, en busca de recursos con qué vivir y satisfacer aquellos desmedidos impuestos.

(2) Véase la vida de S. Perfecto, presbítero. Los mártires cristianos eran inmolados en la esplanada que caía al pié del alcázar y sobre el río, en el paraje que hoy llamamos el Campillo: situación que determina perfectamente Ambrosio de Morales. Á la orilla opuesta del Guadalquivir se extendió frontero á la ciudad por el mediodía el Campo de la Verdad, lugar muy concurrido á la sazón, no sabemos por qué motivo, aunque el mismo Morales, traduciendo á S. Eulogio, supone que los mahometanos le tenían destinado á sus malvadas oraciones. Diciendo el mismo santo que el martirio de S. Perfecto tuvo lugar el día primero de la Pascua de los mahometanos después de su ayuno, es posible que aquel día se hubiese reunido en el Campo de la Verdad mucha gente á distraerse y esparciarse, y que, como las cinco azalas obligatorias para todo musulmán podían cumplirse en el campo y al raso lo mismo que en la mezquita, fuese el mencionado paraje preferido por los Cordobeses á los otros paseos y ejidos de la ciudad por la circunstancia de tener al lado el río en donde hacer sus abluciones y purificaciones. Como quiera que esto deba entenderse, ocurrió, pues, hallarse el Campo de la Verdad lleno de turbas cuando fué conducido al suplicio S. Perfecto, y que, oyendo decir cómo el santo mártir acababa de ser degollado, volvieron tumultuosamente á la ciudad para verlo, «y muy contentos y alegres por haberle visto empapado en su sangre, como se había revolcado en ella con el ímpetu de la muerte, se tornaron al campo para hacer su azala.»

(3) También los musulmanes eran muy delicados en ciertas cosas de concien-

una innovación en la etiqueta real (1), ó que el grato entretenimiento de escuchar los cantos, las historias, los versos y lisonjas de un Zaryab?

Hartas calamidades han llovido sobre la trabajada Andalucía para que vengáis ahora vosotros con vuestras siniestras predicaciones á conturbar el reposo que empieza apenas á disfrutar la España islamita. Pocos años há visteis repentinamente invadidas las hermosas orillas del Guadalquivir por las formidables hordas de los Normandos, que sedientos de sangre y de botín, de incendio y destrucción, asestaron contra la opulenta Sevilla las proas de sus-terribles *dragones* (2), asolaron la tierra de Sidonia y maltrataron la costa de Niebla. ¡Aquella sí que fué tribulación grande! Los bárbaros se burlaban de los elementos: lo mismo se deslizaban en sus voladoras naves por los más caudalosos ríos, corriente arriba, que se burlaban de la furia de las tempestades en el Océano, donde con razón eran denominados *los reyes del mar*; dejábanse caer como nube de langostas sobre las ciudades y los campos, á su contacto ardían de súbito las mieses, las casas quedaban reducidas á humeantes escombros, los moradores á dura servidumbre, y los ganados y riquezas pasaban á sus naves! ¡Gran turbación padecía la cristianidad durante aquella invasión sangrienta, pagana, encarnizada! Sin embargo vosotros, cristianos de Córdoba y Sevilla, ¿no debisteis entonces á este mismo rey Abde-r-rahmán la seguridad y defensa de vuestras haciendas, de vuestras hijas y esposas,

cia, y muy sutiles los casuistas que los resolvían. El que desee formarse idea del *candoroso cinismo* de uno de los Amires más cultos é ilustrados, lea en Al-Makkari el extraño caso que propuso Abde-r-rahmán en plena asamblea de los principales teólogos de su corte relativamente al precepto del ayuno de Ramadhán.

(1). Por ejemplo la que Abde-r-rahmán II introdujo de presentarse en público siempre velado; la de usar en las vestiduras reales su propio nombre bordado en la orla; la de hacer grabar en su sello esta piadosa leyenda: «El siervo del misericordioso descansa contento en los decretos de Dios.»

(2) Este nombre (*dracknar*) daban los Normandos á sus naves. Véase Michélet, *Historia de Francia*. Conde y Al-Makkari refieren concordemente la invasión de los Normandos al año 844.

de vuestros hogares y de vuestra fe? — Poco há también que afligida esta tierra, que os obstináis en fecundar con vuestra sangre, por la gran sequía con que á Dios plugo castigarla, perecían vuestros ganados de sed, se abrasaban vuestros árboles y viñas, y se frustraban vuestras cosechas sin que quedase en vuestras heredades planta verde; en lo cual no se mostraba el Omnipotente más misericordioso con vosotros que con los musulimes; y merced á la liberalidad y á la generosa protección de este mismo rey que os dió abrevaderos, y aguas cristalinas, y otros bienes de los cuales disfrutáis lo mismo que los mahometanos, no continuó la mortandad en vuestros ganados, ni la esterilidad en vuestros campos. Á Abde-r-rahmán se lo debéis todo. No ofendáis pues sus ocios con vuestra desobediencia, ni sus oídos con las injurias que contra el profeta sumo proferís: tributadle el honor y alabanza debidos, y reverenciad en él á uno de los reyes más justos y grandes de la tierra. ¿Qué exige de vosotros? ¿Os pide por ventura que abjuréis vuestras creencias y que le ofrezcáis el sacrificio de vuestras íntimas convicciones? No en verdad. Sólo quiere que públicamente viváis como vasallos obedientes y sumisos, que no maldigáis de Mähoma y de su Ley, y que no hostigúeis con vuestras temerarias confesiones á los jueces para que os entreguen á los verdugos. Seguid el ejemplo de vuestro metropolitano Recafredo, el cual condena ya ese falso celo que os lleva desalados al suplicio, y obedeced también los decretos que este justo prelado acaba de dictar para desengañaros de vuestras falsas doctrinas. No busquéis la muerte, no corráis con ciego afán al suicidio, pues no seréis mártires, sino malhechores y temerarios, si en ello os obstináis: sabed que presentándoos á los jueces sin ser violentados, estáis excomulgados, y que como infames seréis quemados después de muertos, dejando á vuestros hermanos y descendientes el baldón del castigo, y no la aureola de la glorificación. ¡Oh mezquinas consideraciones humanas!

Vosotras, empero, almas sublimes que formáis esa gloriosa

legión de mártires, rechazáis con santa indignación los cobardes pensamientos que sugieren á los corazones tibios el egoísmo ó la seducción: firmes en vuestro propósito evangélico, os lanzáis á predicar públicamente la verdad, y devoradas por la santa sed de la salvación de las pobres almas ignorantes y obcecadas, lleváis vuestro amor hasta el inconcebible extremo de sellar con la propia sangre, para que se convenzan y conviertan, el testimonio que ya les habíais dado con vuestra irreprochable vida y luminosa predicación.

Y ¿cómo paga el divertido monarca los esfuerzos de vuestra heroica caridad? ¡Ah! Mejor que nosotros lo dirá la piadosa leyenda. Óyese rumor de turbas hacia la plaza del alcázar, y va creciendo por grados en dirección á la gran mezquita. Los artesanos dejan sus obradores, salen los vecinos á las puertas de las casas, los devotos que estaban en el nuevo templo haciendo sus *annefilas* (1) acuden á las puertas exteriores del atrio: asoma por la parte de occidente una apiñada muchedumbre, y distínguese á intervalos una voz aguda á la que sigue una algazara extraña de aplausos, silba y descompasados aullidos. Aproxímase el gentío, y percíbese con claridad un pregón que va diciendo: «Así será castigado quien se burlare de nuestro profeta y de su religión.» El objeto del triste anuncio es un hombre á quien conducen en medio de aquella frenética multitud, desnudo, montado en un asno con el rostro vuelto á la cola del animal, cargado de cadenas, y tan estropeado á fuerza de azotes, que más parece muerto que vivo. Llévanle por las calles principales hacia el barrio de los cristianos, en cuyas iglesias le presentarán para escarmiento á la conturbada y casi dispersa grey de Jesús, después de lo cual será encarcelado hasta que le llegue la hora de volver á la plaza del alcázar á recibir la muerte.

(1) Las *annefilas* eran las oraciones voluntarias que hacían los musulimes devotos, fuera de las cinco azalas ú oraciones obligatorias.

Mientras el confesor Juan, que tal es el nombre del azotado, sufre este inicuo trato por amor á Cristo, y mientras á este santo mártir siguen otros quince, entre los cuales descubren nuestros ojos horrorizados y atónitos la más varonil fortaleza en las más delicadas criaturas, en el lindo paje (1) y en la tierna doncella (2); el rey Cordobés vive entregado á los placeres de la poesía, de la música y del amor, y no consiente siquiera que los Cadíes molesten á sus consejeros sometiendo á su conocimiento las causas de los infelices cristianos.

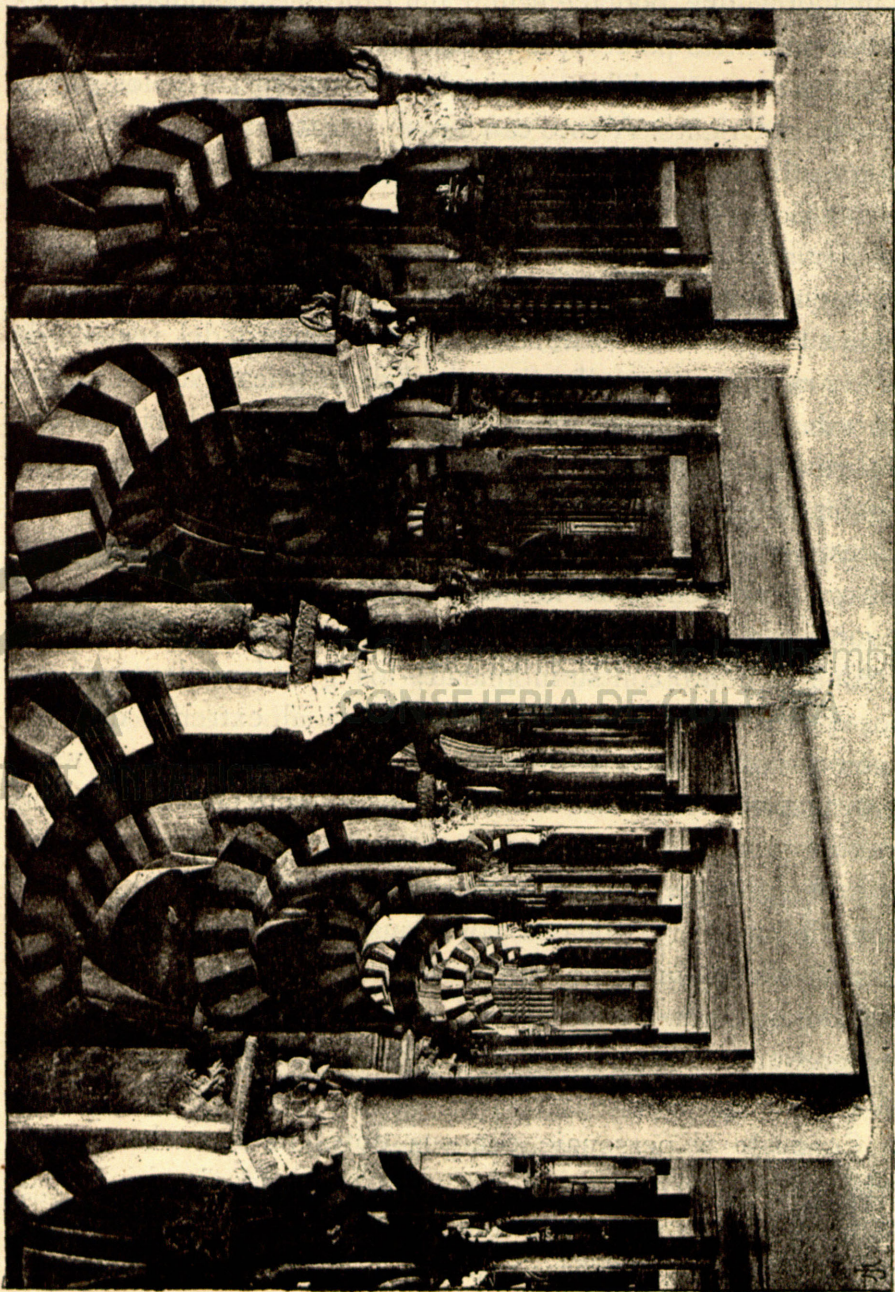
Quiero, oh tú que revuelves conmigo los anales de estos lejanos tiempos, que conozcas al hombre privilegiado que embellece los días pacíficos del reinado de Abde-r-rahmán II, al genio incomparable que preside á todas las grandes innovaciones de la corte de Córdoba, á todas sus nuevas instituciones y á su progreso, para que juzgues si en un corazón entregado á semejante valido y al vértigo que él produce, pueden hallar acogida las doctrinas de abnegación y sacrificio que los valerosos mártires cristianos están llamados á mantener y propagar.

La España árabe se iba, como decimos hoy (3), *civilizando*, es decir, iba progresando en la vía del desarrollo material; íbase puliendo, aumentando su riqueza, sus goces, su esplendor, y perdiendo su primitiva rusticidad, su sobriedad y sencillez de costumbres. Alí Ibn Naffí, por otro nombre Zaryab, era en este tiempo el más celoso promovedor de la cultura de los árabes andaluces. Versado en la astronomía y en la geografía, sabía la *división de la tierra en siete climas*, las varias producciones peculiares de cada uno de ellos; su temperatura, sus mares, y el orden y población de cada país; poseía además todos los ramos

(1) El mancebo Sancho, martirizado en junio del año 851, había sido paje en el palacio de Abde-r-rahmán.

(2) Véase el martirio de la virgen Flora, acaecido en noviembre del mismo año.

(3) Aunque muy mal dicho. Esta proposición no se demuestra fácilmente en una sencilla nota. Quien dude de ella lea los escritos de M. de Bonald, y especialmente el del 28 de octubre de 1810 (*Mélanges littéraires*, etc., tomo 2, pág. 497), donde verá la gran diferencia que hay entre *cultura* y *civilización*.



INTERIOR DE LA MEZQUITA.

JUNT

Generalife

del arte que tienen relación con la música, y era tan prodigiosa su memoria, que podía ejecutar mil canciones distintas con sus correspondientes palabras y tonadas, y repetir otras tantas historias de reyes y califas amenizadas con sentencias de los sabios de todo el Oriente. A este candoroso retrato, añaden los historiadores árabes que era Zaryab como un manantial inagotable de tradiciones, leyendas y aventuras, y que su elegante, entretenida y sabrosa verbosidad sólo podía compararse á un golfo sin fondo. Sobresalía principalmente en la música y el canto, y desde su llegada á Córdoba en el año primero del reinado de Abde-r-rahmán, pues él era natural de la Iraca, había fundado una escuela de música vocal con la que estaba haciendo una total revolución en este arte. Si como artista y hombre científico le había cobrado afecto el Sultán, que se pasaba las horas muertas oyéndole referir anécdotas é historias, no era menos agasajado y querido entre los nobles y potentados de la corte por la elegancia de sus costumbres y la amena novedad de sus traeres. El Amir le honró con su intimidad; los grandes adoptaron sus usos y estilos; su privanza llegó hasta el extremo de vivir y comer con el rey, y disfrutar una crecida pensión él y sus hijos, y ser el confidente de todos los secretos del monarca, y tener en el aposento de éste una puerta secreta para entrar á verle siempre que se le antojara; su popularidad subió hasta el punto de imponer á toda la corte sus modas y caprichos, en tales términos, que no era posible en ella ser hombre de gusto delicado no imitando en todo las invenciones de Zaryab. Era éste en suma el Antinoo de Abde-r-rahmán, y este sultán el Adriano de Zaryab.

Conocido el personaje con sus dotes intelectuales, vas á verle con sus atavíos exteriores y en el pleno ejercicio de sus hábitos y costumbres. Si te conduce la piedad en pos de alguno de esos olvidados y pobres mártires, al abrigo de las nocturnas sombras, á la temerosa orilla donde los sayones de los Cadíes acaban de suspender como bárbaro trofeo los cadáveres de sus

víctimas, tal vez herirán tus oídos los melodiosos acentos de mágicos laúdes, que de uno de los macizos muros del alcázar se elevan á deshora como tenue vapor mezclándose al murmullo del agua en las azudas. No pasarán muchos años sin que otros coros celestiales desciendañ con sus inefables armonías sobre el mutilado cadáver de un gran santo, que hallará en las melancólicas ondas del profanado Betis la piedad que no alcanzó de los hombres; mas por ahora son esos acentos puramente humanos, y los produce el célebre cantor de Iraca que ahuyenta la melancolía de la noche con sus dos esclavas favoritas Gazzalán é Hindah, á quienes concede el privilegio de alternar con él en el ejercicio de su instrumento predilecto por la gracia y destreza con que sus lindos dedos recorren las cinco sonoras cuerdas combinando sus diversos tonos (1). Dícese que los *jines* le enseñan en las horas del misterio y del silencio ese arte encantador con que tiene embelesada á la corte, y que suele pasar la noche entera con esas dos hermosas esclavas ejecutando las inspiraciones que de ellos recibe, refiriendo cuentos y escribiendo versos hasta dibujarse en el oriente la primera hebra de plata y rosa de la aurora. Entonces las dos esclavas vuelven á sus aposentos si él se recoge en su harém, ó permanecen con él si se lo manda, y Zaryab se entrega á la deliciosa visión de las fantásticas imágenes que la poesía, la música, el amor y las libaciones de vino de palma y aromático Sahbá (2) van produciendo en su cerebro exaltado hasta hundirse completamente en la nada del sueño. Á la hora en que el respetado señor reposa en su blando lecho de bien preparado cuero, del cual está próscrita la

(1) Zaryab mejoró el antiguo laúd aumentándole una cuerda. Los árabes, aficionados á simbolizarlo todo, decían que las cuerdas del laúd representaban, la primera, que era *amarilla*, la bilis; la segunda, que era *encarnada*, la sangre; la tercera, *blanca*, la linfa; la cuarta, *negra*, los malos humores. Zaryab añadió una quinta cuerda entre la segunda y la tercera, que correspondía al alma. Véase Al-Makkari, cap. IV, lib. VI.

(2) El Sahbá era un licor, especie de vino claro, que habian inventado los mahometanos para eludir la expresa prohibición alcoránica del *ghamar* ó vino rojo. Véase á Conde, t. I, pág. 307.

manta de algodón de la antigua usanza, los eunucos y esclavos se emplean en su servicio. Su vestir, su mesa, su método de vida, son enteramente excepcionales: todo en su morada respira comodidad, voluptuosidad y molicie; todo es allí peregrino é inusitado. Zaryab muda de vestidos en las cuatro estaciones del año, cosa antes nunca vista, porque los andaluces, hasta que se introdujo esta novedad, llevaban ropa de invierno ó de color hasta el día 24 de junio (día de *mahraján*), en que empezaban á usar el traje blanco ó de verano, y con este continuaban hasta el día primero del mes solar de octubre, en que volvían á vestirse de invierno. En la estación media entre el aterido invierno y el abrasado estío, lleva aljuba de joyante seda ó de vistoso *mulham*, y jubón ceñido, de estofa ligera sin forro; en la otra estación intermedia en que cede el calor y encalvecen las florestas, usa el *mihshah* persa (3), traje de un solo color, y otras prendas de varias formas y tintas, acolchadas para preservarse del viento frío de la mañana. En invierno abandona el traje de otoño, y se reviste de ropas de abrigo de varios colores, forradas de pieles si el tiempo lo requiere. Sus trajes blancos de lino no se lavan según la antigua costumbre con agua de rosas y otras flores que los manchan con sus jugos: lávanse en agua de rosas con sal, que pone el lino como el ampo de la nieve. La vajilla en que come no es de plata ni de oro, es de transparente, fino y brillante cristal, materia que no se afea ni se deforma, y que imita los objetos etéreos en que los almalekes sirven los banquetes del Paraíso. Su comida no se pone en mesas de madera, sino en elegantes bandejas de terso cuero; en su cocina, finalmente, nunca se aprestan manjares comunes, sino platos exquisitos, el *at-tafayá* (1), la *takalliyah*, y otros que excitan el

(3) El *mihshah* era una especie de capa, por el estilo de la que llevaba la gente común. No nos explica el traductor de Al-Makkarí qué clase de estofas eran las llamadas *mulham* y *muharr*.

(1) El plato llamado *at-tafayá*, que por lo visto era un bocado exquisito para los árabes-andaluces, no parece, según la descripción del historiador á quien seguimos, muy digno de figurar hoy en el catálogo del *Cordon-bleu*. Reduciase á un

apetito con su sabor peregrino halagando el olfato con las especias de la India y el aromático cilantro.

Este profundo maestro de la vida muelle y regalona ejerce en la corte y palacio una seducción irresistible: desde que él, sus hijos y mujeres se presentaron peinados como los eunucos y concubinas, ya todos han proscrito la pristina usanza del cabello crecido sobre la frente; pártlenlo ahora por el medio, sin cubrirla, y recóglenlo detrás de las orejas con afeminación y estudio (1). El Sultán, que se deleita en tenerle de continuo á su lado, va insensiblemente contagiándose de su refinado sensualismo, y por lisonjear los gustos del Sultán se contagia toda su corte. Las bellas artes, las nobles hijas de la inspiración, ceden el puesto á las artes del deleite: la gran mezquita no nos descubre mejora alguna de importancia debida á este reinado; lo único que le debe son dos pórticos (2) y el oro con que se cubren unos cuantos capiteles. Casi diríamos que al influjo de la refinación de las costumbres se va amortiguando la llama del genio...

Así es en efecto. Los pueblos son como los niños: la aspereza y la contradicción los aviva y estimula, y acariciándolos se los adormece. Las artes del pensamiento, noble ejercicio del humano anhelo combatido entre las esperanzas y dolores de la vida, desarrollan y enaltecen los sentimientos morales; las artes de los sentidos, ministros solícitos de la voluptuosidad, los enervan y degradan. Parece á primera vista que hay contradicción entre la decadencia del espíritu religioso (3) y el encono en la

mixto de albóndigas y pasta, frito en aceite de semilla de cilantro. Cuando esto se cita como una memorable innovación, ¿qué tal sería la cocina de los sultanes!

(1). Véase Al-Makkari, loc. cit.

(2) Por falta de noticias históricas no podemos hoy determinar si estos dos pórticos, de que habla sólo Al-Makkari, eran enteramente nuevos, ó meras modificaciones de la obra de Hixem que dejamos descrita.

(3) Entiéndase bien que esta decadencia sólo puede llamarse tal comparada con el fervoroso celo de los sultanes predecesores. Abde-r-rahman II. erigió mezquitas en las principales ciudades de Andalucía; pero ninguna de ellas con el sello de grandeza y esplendidez que imprimieron los primeros sultanes en la Aljama fundada por Abde-r-rahmán I.

persecución del cristianismo; no la hay, sin embargo, porque el móvil de esta persecución no es la fe, sino la razón de Estado. Con ser el celo religioso de Abde-r-rahmán II menor que el de sus progenitores, es mayor su intolerancia, porque es el Estado más exigente, y más despiadado el corazón del que le rige. Un gemido de dolor, una lágrima sola, traspasan una coraza de hierro cuando el corazón que late debajo de ella es varonil y generoso; pero no hay coraza más impenetrable á las saetas de la caridad que un pecho embriagado de perfumes, avezado á femeniles afeites y cubierto de lustrosa seda. El pecho del hombre estragado en los deleites es la losa de un sepulcro vacío.



P.C. M. la Alhambra y Generalife
CO LTURA



CAPÍTULO V

Los cristianos mozárabes.— Martirios y apostasías.— Ritos y ceremonias de los moglemitas.



UANDO en el campo de la moral luchan la verdad y el error, si el Estado destruye la posibilidad del equilibrio prestando al error su apoyo, el antagonismo necesariamente ha de formularse en *persecución*; y cuando la verdad perseguida renuncia al derecho natural de la resistencia, el vencimiento se ha de formular necesariamente en *martirio*. Ahora bien, ¿podía el Estado no prestar su brazo al mahometismo, siendo éste el que le había formado? ¿Y podía por otra parte el cristianismo no protestar de continuo contra la ley funesta del Korán, sancionando con su aquiescencia el retroceso del estado normal al estado de imperfección? ¿Había de contemplar la España cristiana con rostro sereno y ojo enjuto la ruina de todas las grandes conquistas del Evangelio; destruída la familia